



Postsocialismo y postmodernidad: una equivalencia imposible*

Gabriel Chindea

1. La postmodernidad como fin de la historia

En octubre de 1917, el comunismo significaba solamente un golpe de estado en Petersburgo. Unas décadas más tarde, después del triunfo de los bolcheviques en la guerra civil, la industrialización soviética forzada y la victoria de los aliados de la Segunda Guerra Mundial, se transformó, sin embargo, en un fenómeno planetario. Por confrontación o alianza, por resistencia o sumisión, el mundo entero había llegado a tomar en cuenta la Revolución Rusa, devenida, en buena medida, el acontecimiento del siglo XX.¹ En cambio, después de 1989 las cosas parecen haber acontecido casi a la inversa. Esperada, aunque no prevista, por muchos, la conclusión de la

* «Postsocialism si postmodernitate – o echivalenta imposibila», en *IDEA arta+societate* #24, 2006, <http://www.ideamagazine.ro/index.php?nv=1&go=1&ch=188&ar=740>.

¹ Es lo que sostienen algunos de los más importantes historiadores del siglo XX. Véase, por ejemplo, Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century. 1914–1991*, Londres, Michael Joseph y Pelham Books, 1994 (*Era extremelor. O istorie a secolului XX*, traducción de L. Ionescu, Chisinau, Cartier, 1999), o E. Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg 1917–1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Munich, F. A. Herbig Verlagsbuchhandlung, 1997 (*Razboiul civil european 1917–1945. National-socialism si bolsevism*, traducción de I. Cristea, Bucarest, Runa, 2005).

© *IDEA arta+societate*, 2006, sobre el original; Criterios, 2007, sobre la traducción. Cuando se cite, en cualquier soporte, alguna parte de este texto, se deberá mencionar a su autor y a su traductor, así como la dirección de esta página electrónica. Se prohíbe reproducirlo y difundirlo íntegramente sin las previas autorizaciones escritas correspondientes.

2 Gabriel Chindea

aventura comunista fue inmediatamente registrada y festejada a nivel global. Pero, a casi 20 años de entonces, el episodio de la caída del comunismo no es más que una referencia histórica regional. Cambió, ciertamente, muchas cosas, pero sólo, o en primer término, en el mundo euroriental en el que ocurrió. Para la historia del planeta, el fin del comunismo parece tener, pues, mucho menos importancia que su comienzo.

Sin embargo, en 1989 e inmediatamente después, el deceso del socialismo dejó la impresión de que merecía de veras una necrología mundial, estimulando a la reflexión incluso a aquellos que se hallaban más allá de las fronteras del mundo comunista propiamente dicho. Y no pienso solamente en aquellos que saludaron la desaparición de una amenaza militar, la apertura de nuevos mercados o el tema de televisión que, en las pausas publicitarias, hacía, según se dice, que se vendiera más pasta de dientes. Conviene, pues, que rememoremos qué podía significar la extinción del comunismo en aquella parte del mundo en la que él no estaba presente ni lo había estado alguna vez.

De hecho, para muchos intelectuales occidentales —incluso, o ante todo, para los que tenían convicciones políticas de izquierda—, la caída del comunismo era, si no un acontecimiento, por lo menos un signo. Les reforzó la convicción —que el fenómeno intelectual del postmodernismo había preparado desde hacía mucho tiempo— de que la historia de las ideologías modernas, la que había generado no sólo al comunismo, sino también al capitalismo, se había terminado de todos modos. En verdad, ¿acaso P. Sloterdijk no escribió ya en los años 80 que en «la carrera del prefijo ‘post-’ con respecto a la postmodernidad se ve cómo, a pesar del hecho de que ocurren cosas que le ponen a uno los pelos de punta, no tenemos ya una ‘concepción de la historia’ que le permita al presente fecharse»?²

Así, una vez que la historia moderna pareció superada en su totalidad, la desaparición del socialismo real podía ser fácilmente aceptada por todo el mundo. Y esto tanto más cuanto que ella parecía ligada a una supuesta consumación, a su vez, del capitalismo. Ahora bien, si el enemigo ha muerto, ¿para qué continuar la batalla? Y, de veras, ¿qué otra cosa podía explicar la desmovilización, sin lucha, y hasta sentimental, de la Unión Soviética, cuyos recursos generosos y cuyo colosal arsenal militar habrían podi-

² P. Sloterdijk, *Eurotaoism. Contributii la o critica a cineticii politice*, traducción de A. Suter, Cluj-Napoca, Idea Design & Print, 2004, p. 129.

do, si no, ayudarla a subsistir aún por mucho tiempo, a pesar de su inercia y su ineficiencia?

Sin duda, los que de un modo u otro, vago o explícito, tenían el sentimiento o incluso la certidumbre de la conclusión de la modernidad, sabían que entre la desaparición del comunismo y la del capitalismo debía existir una diferencia. No pensaban, pues, en una sincronización perfecta —por lo demás, ésta no tenía cómo producirse. El comunismo se había extinguido convulsa y rápidamente, pero ante todo demasiado obsesionado consigo mismo y así plenamente consciente de su deceso, que el primero le había certificado. El capitalismo deja, en cambio, la impresión de una transformación más bien subterránea, aunque no menos decisiva. Y esto porque no parecía recordar sino parcialmente su figura clásica, del siglo XIX, basada en la explotación económica ilimitada, el colonialismo y las guerras internacionales. Parecía llevar así en sí una posibilidad totalmente nueva, que la descolonización o el estado occidental postbélico de bienestar habían hecho cada vez más real y a la que el fin del comunismo sólo debía permitirle realizarse global y plenamente.

He ahí por qué se podía sospechar que el año 1989, año de la disolución del socialismo euroriental, traería la confirmación, con acontecimientos, de un nuevo tiempo histórico. Pero el mismo no pasó a anunciar — como antaño en la historia de Occidente— ni la manifestación de un espíritu absoluto, ni siquiera la objetivación material o social del hombre del que se habría eliminado completamente la alienación. Se trataba, por el contrario, precisamente del final de semejante ideología, del agotamiento de las teorías político-filosóficas movilizadoras, así como de la conclusión de las guerras hechas en nombre de ellas. En pocas palabras, se esperaba el fin de la historia.

Ciertamente, la idea de la conclusión de la historia no era nueva; representaba una posibilidad más bien recurrente de pensar metafísicamente el devenir de la humanidad. De hecho, como motivo filosófico, había aparecido ya hacia el final del siglo XVIII, después de la Revolución Francesa y del principio de la explotación industrial de la naturaleza. En ese entonces las épocas históricas habían devenido conmensurables con las edades del hombre y habían adquirido un perfil de generación, comenzando a atraer así la atención del pensamiento contemplativo. Ahora bien, para aquel que quiera conocerla metafísicamente, la historia debe ser presentada en su totalidad, que no puede ser alcanzada sino por la conclusión. No debe asombrarnos, pues, que Hegel, que pretendía disponer precisamente de

4 *Gabriel Chindea*

una ciencia absoluta de la historia, afirmara ya al principio del siglo XIX que esta última se había acabado. Por el contrario, es mucho más interesante observar cómo la idea de la conclusión de la historia se ha conservado después también en aquellos filósofos posthegelianos —y en primer término en Marx— que no se fiaban ya de la interpretación idealista del devenir humano —para la cual era suficiente poder pensar el fin de la historia para que ella se acabara— y que admitían el hecho, por lo demás evidente, de que la historia no se había terminado aún.

En el caso de Marx, la explicación de esa paradoja es simple. Aunque interesado en la publicística, nunca se consideró un cronista para el cual una mirada a su alrededor le fuera suficiente para saber que el devenir humano no había terminado. Por el contrario, aunque va a sostener, como cada hombre con los ojos abiertos, que la historia está en desenvolvimiento, va a sentir la necesidad de agregar algo: que al mismo tiempo es necesario que ella no se haya terminado aún. Ahora bien, la necesidad de la presente inconclusión de la historia no se podía deducir si no se tenía en mente precisamente la posible y, a fin de cuentas, necesaria conclusión de ésta. He ahí por qué Marx va a llegar a ver en su época, interpretada como obligatoriamente inacabada, un tiempo más bien del aplazamiento del fin que de la desaparición de éste.

En verdad, para Marx, la historia no se podía terminar mientras parecía encerrar todavía una serie de conflictos que tenían necesidad de resolución. Sin duda, eso lo había sabido también Hegel, que, sin embargo, había parecido no haber entendido que las estructuras jurídicas, sociales y políticas, cuyo progreso había seguido prioritariamente, tenían tras sí ciertas fuerzas productivas. Hegel se habría olvidado de la economía. Y así no se habría dado cuenta de que la conclusión de la historia, indispensable para el conocimiento absoluto que creía haber adquirido, no podía venir tras la sola racionalización de la política o del derecho, sino que tenía necesidad también de una racionalización económica.

En lo que a él respecta, Marx no va a negar, sin duda, que la racionalización de la sociedad, que Hegel creía ya completamente realizada, había comenzado a hacerse sentir en los estados modernos. Porque la igualdad política de los ciudadanos y la universalidad del derecho habían devenido principios constitucionales aceptados por todo el mundo. Sin embargo, aunque los privilegios y las castas habían sido abolidos, las confrontaciones políticas —y Marx no pensaba aquí en simples disputas parlamentarias, sino en la guerra civil que amenaza al edificio del orden en cuyo interior la

actividad política se desenvuelve de modo habitual— podían reaparecer, a causa de los conflictos económicos dejados sin resolver. Dado que persistían diferencias, a veces enormes, de riqueza, la igualdad ante la ley y el voto universal parecían, pues, incapaces de asegurar, por sí solos, la libertad real de los ciudadanos. Ésta seguía siendo así un bien que se había de ganar. ¿Por qué no reconocería yo, parecía decir Marx, que una campaña electoral es, por regla, costosa y favorece, pues, al partido más rico, mientras que un abogado de oficio y, por ende, gratuito no es nunca tan competente y enérgico como uno caro?

Y, sin embargo, el fin del socialismo real —como, por lo demás, digámoslo, toda su historia, incluso su aparición en una Rusia subdesarrollada y desalentada por las guerras— no ha concordado, ni con mucho, con la profecía marxista sobre la conclusión de la historia. Por consiguiente, si en el año 1989 la historia hubiera podido acabarse de algún modo, parecía hacerlo, como he dicho ya, más bien contra los proyectos sociales del siglo XIX, así como contra las decisiones, posteriores a la desilusión provocada por la Primera Guerra Mundial, de no esperar más, sino de realizar esos proyectos, es decir, de pasar a los actos —lo que había constituido la sustancia del siglo XX.³

En verdad, por su impaciencia generadora de revoluciones, de nuevas guerras y, ante todo, de esperanzas renovadas para ser luego frustradas, la historia del siglo XX parecía haber llegado, al fin y al cabo, a comprometerse no sólo a sí misma, sino también al siglo XIX, en cuyas promesas ya no ha sabido creer y ha querido realizarlas. Pero la decepción ante el siglo no concernía sólo al socialismo, sino también a la movilización moderna en general, comunista, pero también capitalista. Lo había demostrado, por lo demás, la indignación provocada por el americanismo de los años 20 y la protesta contra la sociedad burocrática de los años 60. Ahora bien, al mismo tiempo que las decepciones, comenzaba a hacerse sentir también una nueva forma de conclusión posible de la historia. Sin embargo, ahora ya no se trataba sino de un final paradójico, nacido más bien de la renuncia a la búsqueda profética o a la realización efectiva del fin. Era el final alcanzado después de la suspensión de todo final. Y debía ser obra del siglo XXI.

Se podía decir incluso que los signos de una nueva época se habían dejado adivinar ya después de la Segunda Guerra Mundial. Ya desde los

³ Para lo que acerca y, ante todo, separa los dos últimos siglos, XIX y XX, véase A. Badiou, *Le siècle*, París, Seuil, 2005, p. 54.

años 60, I. Howe y D. Bell hablaban sobre la muerte de las ideologías, pero la idea se va a propagar bajo diversas formas al mismo tiempo que la vulgata postmoderna.⁴ Los discursos legitimadores modernos —o los metarrelatos, según la expresión de Lyotard— parecían, pues, obsoletos: ni la dialéctica del espíritu, ni la emancipación del proletariado, ni siquiera el progreso de la humanidad demostraban ya ser capaces de conservar su significado de antaño.

Sin embargo, por otra parte, nadie pensaba que el retorno a la premodernidad hubiera sido posible. Después de la dilapidación moderna y el fin catastrófico del nacionalsocialismo, se había hecho evidente que ya no era posible ningún regreso. Por eso se prefirió hablar de una modernidad tardía, en la que el Moderno no llega a ser suprimido o sustituido por otra cosa, sino que, por el contrario, se muestra, una vez más, insuperado. Hasta los movimientos ecologistas eran obligados a reconocer el hecho de que, si renunciamos, por ejemplo, al automóvil, que a menudo, en los embotellamientos, se vuelve inútil, es sólo porque podemos inventar máquinas más sofisticadas o medios públicos de transporte más eficientes, disciplinándonos —¡por cuántas veces!— el cuerpo y los gustos para aceptarlos y utilizarlos. He ahí por qué la bicicleta, que, aparentemente, muchos redescubrieron con entusiasmo, ya no era la de otro tiempo. Renació de proyectos sofisticados de laboratorio, para ser producida de materiales que no son los tradicionales, asociándose a una ética que no se avergüenza de la utilización de las recetas publicitarias. De hecho, se le pide a la tecnología que no siga siendo contaminante, pero que siga siendo tecnología.

Por consiguiente, lo que aún parecía nuevo en los años 70-80 era sólo el hecho de que la certidumbre de la fatalidad del Moderno, que ahora desalienta la imaginación utópica o la actividad revolucionaria en vez de estimularla, ya no era acompañada del sentimiento optimista —y, en este sentido, expresable ideológicamente— que les había insuflado a los profetas modernos del siglo XIX o a los hombres de acción del siglo XX. Por el contrario, la modernidad, que en su cumplimiento había llevado siempre un incumplimiento, era aceptada ahora como un mal necesario, siendo así atemperada. Habiendo llegado, al parecer, al fin de su trayectoria histórica, el Moderno parecía no sólo realizado, sino también consumado. No había desaparecido, puesto que se repetía; pero de una manera agotada, aunque

⁴ Para un *dossier* en lengua rumana sobre el problema, véase G. Troc, *Postmodernismul in antropologia culturala*, Iasi, Polirom, 2006, pp. 143–201. Cf. también D. Bell, *The End of Ideology*, Princeton, Princeton University Press, 1960.

definitiva. La conclusión de la historia, que el año 1989 debía confirmar, llegaba así a designar esa implosión de la modernidad carente de conclusión, en la que el proyecto y la acción pasaban a ser sustituidos por la inercia. El fin parecía real —si todavía se podía hablar de alguno—, pero venía sólo por la falta de un verdadero fin.

2. Socialismo y postmodernidad

El hecho de que la modernidad daba la impresión de que habría renunciado a su conclusión absoluta, fue, sin duda, una provocación ideológica para el bloque soviético en los últimos años de su existencia. Tanto más cuanto que se trataba de una doble renunciación, debida al aplazamiento indefinido del apocalipsis comunista en el interior del sistema mismo, pero ante todo a la continuación de otra especie de historia, aparentemente postmoderna, fuera de él. En verdad, a los ojos de muchos intelectuales, del Este así como de Occidente, el socialismo real parecía incriminable ante todo a causa de su propia modernidad, devenida demasiado clásica. El gusto excesivo por la movilización o la ambición de transformar radicalmente el mundo, el ateísmo para salvar las apariencias o el carácter ideológico y artificial, eran excesos que Occidente, llegado ya a la postmodernidad, habría sabido, si no eliminar completamente, al menos moderar. Además de la ineficiencia burocrática, el despilfarro de los recursos o la explotación mediante el subconsumo de la fuerza de trabajo, al comunismo se le reprocha cada vez más la destrucción del patrimonio cultural, los barrios obreros que prolongaban, caricaturizándolo, un Bauhaus de todos modos obsoleto, la contaminación del medio o la destrucción del campesinado.

Habiendo llegado a una conciencia crítica en relación con su propia modernidad, Occidente se presenta a sí mismo, pues, como postideológico. Y así, ante un socialismo exasperado por el fracaso de su propia modernidad, él era el representante de un futuro no esperado y a la vez obligatorio. En este contexto, la teleología comunista podía ser convertida fácilmente en goce postmoderno, sin que la separación del fin glorioso prometido por ideologías produzca ya lamentos, sino tan sólo un poco de melancolía. Por consiguiente, el así llamado período de transición no habría significado sino la tentativa del Este de pasar, a su vez, de la modernidad —socialista, en este caso— a la postmodernidad.

Semejante teoría aún podía parecer justificada inmediatamente después de 1989 a causa de la atmósfera de distensión del período Clinton, la

explosión ligera de la informática o la confusión social —a veces alegre y por eso omnipresente en la cinematografía del Este de los años 90— que la caída del comunismo había producido en los países antaño socialistas. Hoy día, en cambio, cuando la carrera en busca de recursos baratos desencadena nuevas guerras internacionales, cuando las barreras sociales reaparecen, y las más importantes acciones, desde la deslocalización de las empresas hasta la reforma de la enseñanza y de la investigación, tienen como causa confesada la acumulación y la ganancia, no creo que ella pueda sostenerse más. Y esto impone algunas consideraciones retrospectivas.

Con arreglo a la teoría marxista-leninista, el capitalismo debía desaparecer en todas partes en favor del socialismo. Y, de hecho, en la última parte del siglo XX, el capitalismo clásico daba la impresión de que habría desaparecido, pero sin ser reemplazado por el comunismo bolchevique. Sin embargo, hoy se puede ver mejor que, aunque había renunciado al liberalismo del siglo XIX, la sociedad occidental había seguido siendo capitalista. Pero se trataba de un capitalismo capaz de superar sus complejos conservadores, sabiendo, pues, no sólo sobrevivir, sino también transformarse. Mediante la tecnología que continúa inventando, mediante las costumbres que había aceptado e incluso se había alegrado de emancipar, y, no en último término, mediante la transformación radical de la naturaleza que, después que se había movilizado para destruir, se removiliza para conservar, este capitalismo se vuelve más revolucionario que el socialismo mismo. ¿A cuántos de los inmigrantes eurorientales con nostalgias precomunistas no les había chocado ver que la novedad, tan detestada por ellos en casa, en el mundo del socialismo real, demostraba ser aún más radical, más amplia y más abrumadora en Occidente? En estas condiciones, ¿quién habría podido negar que el progreso y, al mismo tiempo que él, el futuro —es decir, la historia, a cuyo «juicio» los comunistas habían apelado siempre— habían abandonado el campo de la izquierda, para reencontrarse en el discurso y las acciones de derecha?

Sin duda, se ha dicho, con toda razón, que el progreso capitalista nunca fue verdaderamente radical, que fue y sigue siendo incompleto: la emancipación de los empleados se ha hecho siempre para el consumo, y en modo alguno con vistas a una reapropiación del capital y, así, de un control de la propia vida, así como la desaparición de la ideología política claramente definida no significó sino que ésta fue absorbida completamente en la sustancia productiva y en la conciencia cotidiana de sí de la sociedad. Pero esto no invalida el veredicto histórico: el socialismo no sucumbió porque

hubiera sido demasiado moderno, sino, por el contrario, porque no lo fue suficientemente, así como tampoco el capitalismo ha sobrevivido porque hubiera renunciado a la modernidad, sino puesto que ha respetado en mayor medida los imperativos de ésta.

Es más: el hecho de que el socialismo real haya perseguido, no obstante, el progreso, no ha hecho sino que el progreso mismo se le vuelva fatal. Es verdad, el movimiento comunista había obtenido el poder en países inicialmente poco desarrollados y por eso no pudo realizar una revolución política postcapitalista, como lo habría presupuesto el escenario marxista. En cambio, se empeñó en una modernización que, en el occidente de Europa, el capitalismo mismo había producido ya. Sin duda, en un primer momento, se trató de una modernización que se desenvolvía en la espera de una conclusión socialista. Sin embargo, cuanto más profundamente se avanzaba en la modernidad, tanto más el socialismo, que había esperado asimilar el progreso en su propio beneficio, llegó a estar dispuesto después a subordinarse a toda costa. Ahora bien, el precio fue grande. A partir de los años 70, después de la primera crisis del petróleo y simultáneamente con la aparición de un excedente de divisa en los mercados financieros internacionales —los célebres petrodólares—, los estados socialistas comenzaron a comportarse como unos agentes capitalistas internacionales: imprimieron dinero, esperando invertirlo gananciosamente a cuenta de la explotación de su propia fuerza de trabajo. Ahora bien, el capitalismo, es bien sabido, no significa sólo éxito, sino también quiebra. De esa manera, después de haber aceptado entrar en la competencia económica mundial, el Este fracasó en ella. Y lo hizo incluso cuando, como ocurrió con la Rumanía de Ceausescu, la salida al mercado internacional no apuntaba, en el fondo, sino a la acumulación de un capital que le permitiera un mejor aislamiento frente a ese mercado. No nos asombremos, pues, de que las empresas socialistas fueran vendidas ulteriormente al mejor postor, dejando atrás una fuerza de trabajo relativamente calificada, pero muy barata, disponible hoy para el capital internacional. Ella es el resultado de las inversiones comunistas de antaño, que la crearon al mismo tiempo que la extensión de la enseñanza y de las prácticas económicas modernas, reduciéndole a la vez el precio mediante la restricción de su capacidad de consumo.

La disponibilidad para la modernización del Este ha seguido siendo, en cambio, enorme. Y eso se ve por el hecho de que todos los así llamados excesos modernos del socialismo —la restricción de la soberanía estatal y la división internacional del trabajo (que, ya al final de los años 50, Jrushchov

había propuesto sin éxito dentro del CAME), la eliminación de la población rural (que Ceausescu no logró realizar nunca), la proletarización de la intelectualidad (deplorada en el período comunista por la pequeña burguesía con nostalgias de entreguerras) o la desestimación general de los valores tradicionales— son aceptados, esperados, y hasta pedidos hoy con insistencia. Y son plenamente satisfechos por el capitalismo.

3. La ideología de la muerte de las ideologías

Se podría decir, no obstante, que, ahora, semejante capitalismo, animado por el pathos moderno del progreso, se encuentra aún solamente en el Tercer Mundo, mientras que los países desarrollados lo habrían superado, decepcionados, hace mucho tiempo.⁵ Lo que no es, sin embargo, muy seguro. El paso de Occidente del estado de bienestar al neoliberalismo, así como el hecho de que los asuntos mundiales —que permiten el surgimiento de países de segundo rango y de una clase media internacional— son puestos en movimiento por el deseo, siempre insatisfecho, del excedente contable de los centros financieros del Primer Mundo, demuestran, por el contrario, que la obsesión del desarrollo, del crecimiento por amor al crecimiento, es decir, la utopía de la infinidad productiva moderna, es actual en todas partes. La historia no se ha acabado, de hecho, ni para Occidente. Es más: aunque parece arrastrado en la historia por el resto del mundo, sedienta, al parecer, de riqueza y dispuesta a ser un *parvenu*, Occidente o, para ser justos, los propietarios de capital que lo pueblan, junto con la alta administración de las firmas, estados y clubes que se ocupan de la gestión de ese capital, no sólo se acomodan al devenir del mundo o lo aprovechan, sino también lo estimulan permanentemente. He ahí por qué se debe reconocer, creo yo, que el fin de las ideologías, anunciado repetidas veces en la última mitad del siglo XX, no ha sido, a su vez, sino una ideología.⁶

⁵ Es lo que sugirió en un momento dado también F. Fukuyama: *Sfirsitul istoriei?*, traducción de D. Bercea, Bucarest, Vremea, 1994, p. 41.

⁶ La idea, seguramente, no es original. Ya al principio de los años 90, F. Jameson había sostenido que el postmodernismo era la ideología del capitalismo tardío; véase F. Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, Duke University Press, 1991.

No confundamos, pues, la denuncia de la ideología con su desaparición. Y no caigamos —¡una vez más!— en la ilusión intelectual según la cual, por el simple hecho de que son pronunciadas, las palabras pueden reemplazar las cosas que denominan. De hecho, la muerte de las ideologías sigue siendo una simple tesis. Además, puede ser fechada, aunque no haya correspondido nunca a una realidad histórica, dado que ha expresado, sin embargo, un estado espiritual típico de la clase media de la segunda mitad del pasado siglo. Atrapada en una emancipación sólo aparente —debida al descubrimiento del consumo o a los cambios de las costumbres—, esa parte de la sociedad bien representada en Occidente, embrionaria en el Este, a la que, sin embargo, no se le ha ofrecido nunca la propiedad de los instrumentos productivos que utiliza, multiplica o incluso inventa, y que no ha sido, pues, invitada al ejercicio real del poder, pudo así ilusionarse con respecto a su destino, ignorando la perpetuación de la historia que la había creado y que continúa disponiendo de ella.

Lo que es, tal vez, verdaderamente nuevo, ahora —a casi veinte años de la caída del comunismo— es el hecho de que la verdad capitalista del mundo, enmascarada antaño por ideologías híbridas, en las que lo económico se disimula detrás de lo político o de la cultura, es afirmada hoy en voz alta y transformada explícitamente en razón ontológica: sólo existes si produces ganancia. Sin duda, lo implícito persiste también aquí en la medida en que la ganancia obtenida se transforma de hecho, por los mecanismos sociales existentes, en beneficio para algún otro, y así la alienación del trabajo a favor del capital permanece inconfesada. Reconozcamos, sin embargo, que la historia se ha simplificado en el momento actual casi caricaturescamente y nos ciega a todos con la nitidez de sus imperativos. Pero ¿no está acaso en el destino de la modernidad transformar la realidad con arreglo a ciertas ideas claras y nítidas?

A nosotros, los hoy invitados con labia a la eficiencia demostrada contablemente, nos puede parecer, pues, increíble que antaño el burgués todavía se avergonzaba de sus ganancias, agobiado a veces por escrúpulos morales, reservas intelectuales o repugnancias mundanas. Existían aún profesiones liberales, y el médico, el cura o el abogado hablaban de honorarios, no de plata. La hipocresía aún escondía así no sólo una verdad demasiado desagradable para reconocerla, sino también un resto de civilización. He ahí por qué una invitación a «confesión», como es la lanzada por un personaje de Huxley en 1928, puede hacer de uno hoy un soñador:

12 Gabriel Chindea

Los burgueses se felicitan mutuamente por su desinterés —en otras palabras, puesto que tienen dinero suficiente para vivir sin ser forzados a trabajar o a romperse la cabeza con problemas de orden material. O puesto que se permiten el lujo de rechazar una propina. O puesto que tienen bastante dinero para brindarse una cultura refinada. Se felicitan también puesto que disponen de tiempo para ocuparse de arte, para leer y para hacer el amor sin prisa y eruditamente. ¿Por qué no son sinceros para reconocer abiertamente lo que insinúan todo el tiempo: que todas sus cualidades son el resultado de un paquete de acciones del estado, con ganancia segura de cinco a cien?⁷

Traducción del rumano: *Desiderio Navarro*

⁷ A. Huxley, *Punct contrapunct*, traducción de C. Popescu, Iasi, Polirom, 2003, pp. 87–88.